†

SERMON

DE LAS SIETE PALABRAS,

PREDICADO

EN LA REAL CAPILLA DE MADRID

POR

el R. P. Félix Gonzalez Cumplido,

Sacerdote de la Compañía de Jesus,

el dia 29 de Marzo, Viérnes Santo, de 1861.



SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, impresores de SS. AA. RR.
y honorarios de Cámara de S. M.—Tetuan, 25.

1866.

INTRODUCCION.

Respira finalmente, Jerusalen insaciable. La sangre que invocaste sobre tu cabeza ya se derrama á torrentes; ya corre por el infame tronco; ya tiñe la escarpada roca... rèspira. Aquel malhechor, jóven, pero arrojado; pobre, pero influyente; inerme, pero terrible, ya está expiando su audácia.... respira. Tres horas todo lo más, y luego no habrá de sostener tan ignominioso peso la tierra, ni tú soportarás vista tan repugnante.... respira....

Pero Jerusalen calla: Jerusalen no respira, sino que se afana; no goza, sino que gime; no dilata su pecho, sino que siente todo el terror del culpable y todo el aplanamiento del ingrato... Y ¿qué mudanza es esta? ¿No eres tú la inventora de ese suplicio; no eres tú la que á fuer de defensora de las leyes pátrias, y celosa del honor divino y de la amistad del César, clamabas ayer y decias que ciertos delitos no se expiaban sino en la cruz? ¿No le has arrastrado tú bajo su degradante peso hasta la horrenda cima? ¿No le has despojado bárbaramente de su túnica? ¿No le has horadado piés y manos? ¿No le has levantado á la vista de todo el pueblo? ¿No le has saludado como rey de farsa, y cumplido cien profecías en el grito unánime de tus hijos? ¿Cómo, pues, no respiras sin sobresalto, cual vencedor que reparte el despojo? ¡Ah! entiendo, Jerusalen reprobada, entiendo.... El exceso inconcebible de mansedumbre con que, porque quiso, se entregó á tí tu Víctima; la paciencia inexplicable con que le has visto preparado á cansarte en inventar suplicios, ha empezado á persuadirte de que, si Él no es lo que te repite hace tres años,

es algo más que lo que aparece; y ahora, que le ves dar muestras de querer hablar, temes que su palabra, cual rayo de bien condensada nube, te reduzca á cenizas.... ¡Ah! bien merecido lo tienes; pero, si esos son hoy tus presentimientos, sellas tu reprobacion, y pones el colmo á la ira de Dios, que para dentro de pocos lustros te ha pronosticado, por tu dureza, devastacion y exterminio.

Señora, la divina palabra no faltará, siquiera pasen los cielos y la tierra; y Jerusalen, que recibió con endurecido pecho las lágrimas de su libertador, y que, imitando ahora al primer homicida, cree mayor su pecado que la Divina Misericordia, Jerusalen perecerá; sus enemigos la estrecharán en durísimo sitio, no quedará en ella piedra sobre piedra; y el pasajero asombrado dirá sobre sus escombros: «No se paga »con menos un deicidio.»

Pero no será única esta catástrofe. ¡Ah! ingrata Jerusalen, ¡cómo agitas mi fantasía al tocar el zenit de tu perfidia y de tu reprobacion!.... En los confines de la ley de la naturaleza y de la escrita hay una zarza rodeada de vivísimas llamas, y en los de la escrita y de la de gracia hay otra que rodean sin consumirla llamas invisibles de amor y de caridad, de dolor y de martirio. Esta la tengo á la vista en ese fúnebre y pavoroso monte; aquella se pinta en mi imaginacion en la cumbre del Oreb. Esta anuncia destruccion á un pueblo de corazon incircunciso y cerviz dura; aquella arroja pálida luz sobre la eterna noche, que envuelve al obstinado egipcio por haber rechazado al nuncio de la libertad de Israel; esta es realidad, aquella sombra; esta figurado, aquella figura; esta arde hoy ante vuestros ojos, aquella ardió hace cincuenta siglos.

Hoy, Señora, lo repito, hoy arde esta zarza sin consumirse, porque el espectáculo á que acudimos hoy es el espectáculo de los siglos, y así le consideran mi fé y mi corazon. En medio de los siglos está plantada la obra de Dios, y aunque no lo dijera el Profeta, me lo dice el corazon católico. En

el mundo está el Calvario, en el Calvario la perenne y nunca variada escena que detuvo al sol, pasmó á los Ángeles, rasgó el velo, hundió la tierra, abrió los sepulcros; y que, si hoy no revuelve y sacude á la naturaleza entera, como lo hizo una vez, es por disposicion benévola del que cubrió con tupida venda los ojos de nuestra fé para colmo de mérito.

¡Oh fé santa, fé divina, fé que, nacida de Dios, abarcas nuestro tiempo como nuestro espacio la atmósfera! Pon, pon en tus alas mis pensamientos, apodérate de mi espíritu, y, haciendo callar en él todo mundano estrépito, concéntrate en un punto solo. Extiende esta merced á cuantos acuden hoy conmigo en alas de amor y del dolor á la falda del Gólgota.

Pero ¿qué digo yo, Señora? ¿Puedo asegurar que todos corren trás el perfume del sacrificio, y nadie trás el encanto de la melodía, la impresion siempre agradable de este aparato, la curiosidad siempre nueva de un Monarca terreno, humillado ante la imponente actitud de quien perora en nombre y de parte de Dios? Y si alguno.... pero no, no puedo, no quiero suponerlo, Señora, y renuevo mi plegaria á la fé: á esa fé que vivifica; á esa fé que nutre; á esa fé que consuela; á esa fé que no arranca una lágrima de ternura, como las que vertian las vírgenes de Israel sobre las cenizas de la vírgen hija de Jephté; sino una lágrima de penitencia, de compuncion, de reforma: una lágrima de las que pidió poco há la Víctima al subir al altar; lágrima vertida no sobre ella, sino sobre el mismo que llora, causa del sacrificio.

Diles tú en mi lugar, oh fé santa, con las palabras del Profeta evangélico: Venid, y subamos al monte del Señor, en donde nos enseñará sus caminos; no os arredre su aspereza, ni os intimide el estruendo de las armas, ni os detenga el bullicio de las gentes, ni os espante la sangre de la víctima, ni el furor de los que la inmolan. No es este ya aquel monte terrible y espantoso de quien se dijo: Guardáos de subir al monte ó de tocar á sus confines, porque todo el que se acercare á él morirá infaliblemente. Es monte más bien elevado

á pingüe; monte en que se complació el Señor; monte en que se os manda os pongais en salvo, si quereis no perecer. Aquí aprendereis los caminos del Señor, que, por testimonio de David, están cifrados todos en misericordia y verdad, y que por eso se llaman tambien caminos hermosos, sendas pacíficas.... Aquí.... Basta, fé santa... En nombre de la Augusta Persona que se digna escucharme, y de esta porcion de sus hijos y fieles súbditos, te agradezco la inspiracion de lo íntimo de mi alma.

Sí: *los caminos del Señor son misericordia, con la cual es placable; y verdad, con la cual juzga justísimamente; y esto está manifiesto á los que buscan su santa alianza y sus testimonios.* Así profetizó David. Esa alianza se sella hoy en este monte con siete sellos, con siete palabras del testamento del Dios que muere: con la expresion última de su voluntad. Buscando esa alianza, oyendo esas palabras, se abrirán ante nuestros ojos los caminos de misericordia y de verdad; abriendo esos siete sellos, aparecerá la justificacíon de la Providencia, el compendio del Evangelio, la historia del mundo de ayer, de hoy, de mañana, cuyo centro de gravitacion universal es el Calvario. Mientras que el mundo desalentado menosprecia los designios del Dios que muere, y huye de su cruz, nosotros apiñémonos en su derredor para no perder una sílaba; abramos nuestro pecho para que reciba todo el perfume del amor que destilarán esos lábios; y, cueste lo que costare, estemos aquí clavados hasta recoger el último aliento de la Víctima.

Sí, Jesus mio, Sacerdote eterno; penetrad estos corazones, reos de vuestra muerte próxima é inevitable. Hablad presto, Señor, porque, si bien horriblemente desfigurado, reconocemos en Vos la hermosa imágen de vuestro Padre, que nos intimó en el Jordan que os oyésemos: *Ipsum audite.* Hablad, pues, Jesus mio, que vuestros siervos oyen.

PRIMERA PALABRA.

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (Luc. xxiii, 34).

Oís, Señora, el grito infernal de los enemigos del Justo?... *Salvó á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Si es Hijo de Dios, que baje de la Cruz.* Irritada con este sarcasmo la naturaleza, demanda á voz en cuello justicia; y la justicia afila la espada y aguza el rayo vengador. Basta que Jesus calle, y.... Pero ¿callar Jesus? ¡Ah! eso era bueno para cuando el silencio fué de amor y de misericordia.... Contra sus enemigos grita el cielo y la tierra, y su corazon emplea el único miembro que le queda sano en rogar por sus enemigos.

Con una mirada al cielo, en que vá esculpido el amor de un corazon divino y el dolor moral que le corresponde: *Padre mio*, dice, *Padre mio, perdónalos....* ¡Oh Divinidad adorable! yo te reconozco sin más prueba que este rasgo, profetizado por Isaías y simbolizado en José.

Atinado estuvo, Señora, quien dijo que la muerte es compendio de la vida. Los caminos de esta fueron misericordia; y pura misericordia habia de ser su término. Buscó á los pecadores, los llamó, los acogió, los visitó, los acarició hasta la ternura: de presumir era que ese corazon se olvidase ahora, al parecer, de María, abismada en un quebranto como la mar; de Juan y de las devotas mujeres, medio agonizantes de pena, para acordarse de Pilato que le condenó, de Herodes que le mofó, de Caifás que le acusó, del populacho que le ha suspendido, de los fariseos que le baldonan; para acordarse del padre de todos los pecadores y de su posteridad; para acordarse de mi.... para acordarse ¿lo diré, Señora? Él me inspira las palabras y no es hoy dia de ambages, cuando cumpliéndose está la profecía de Simeon y han de revelarse

los pensamientos ocultos de muchos corazones.... Para acordarse de España y de muchos españoles; de cuantos más ó menos directamente trabajaron y trabajan en la conjuracion permanente contra Dios y su Cristo, que perpetúa de generacion en generacion, bajo variada forma, la guerra de las pasiones contra la justicia, la caridad y el órden; la escena del Calvario.

Padre, Padre, Padre mio, perdónalos....No te invoco como á Dios y Señor mio; invócote como á Padre; y en tan difícil empresa bien sé yo que has de agotar toda la ternura hácia quien siempre te halló pronto á oirle por reverencia á su nombre. *Perdon, Padre mio, perdon, porque no saben lo que hacen.*

¿No saben lo que hacen?.... Pues qué, Jesus mio, los judíos que te crucifican ¿no te conocen? ¿No has sanado á sus enfermos, dado vista á sus ciegos, curado á sus leprosos, resucitado á sus muertos, y señalado entre ellos cada paso con un beneficio?.... ¿Han olvidado ya que ayer te aclamaron hijo de David y bendito por excelencia? ¿No saben lo que hacen las naciones redimidas, cuando cierran voluntariamente los ojos á la luz que despide la Casa de Jacob, tu Iglesia, y con ciego furor intentan arrancarla de la roca en que la fundaste?.... ¿No saben lo que hace el incrédulo con su impudencia, el mal cristiano con su indiferencia y apostasía práctica, el tibio con su inconstancia en el bien, el libertino con su pestilencial ejemplo?

Padre, Padre, Padre mio, perdónalos.... Todo el que peca y me ofende es ignorante.... y, si su ignorancia los excusara del todo, inútil era que demandase para ellos piedad por el mérito de esta sangre; pero en parte los excusa, porque hay abismos de maldad que no sondearon jamás, porque no pueden sondear el de oposicion esencial y eterna entre vuestra Majestad infinita y su pecado. Perdon, perdon, Padre mio.

Pero ¿qué cuadro, Señora, arrebata mi vista y derrama una gota de bálsamo sobre mi desgarrado corazon? Como

allá la hueste de Simeon Macabeo pasó valerosa á nado el torrente que atravesaba el camino sin más excitacion ni arenga que el ejemplo de su denodado caudillo, así en la larga série de diez y nueve siglos pasan el torrente de la venganza corazones sin cuento. Oyeron intimarse aquel artículo singular de un código bajado del Cielo: *Yo soy quien os lo digo, que ameis á los que no os aman;* oyeron la gran plegaria del Gólgota... tocaron el ápice de la heroicidad evangélica.

Vos, Señora, que sin asomo de lisonja, vadeásteis tantas veces ese torrente; Vos, en quien reflejó hácia el pueblo español la luz del Calvario cuantas veces ofendida le mirásteis, decid Vos misma, si la diadema os brindó con algun goce parecido al de la primera joya que la abrillanta, el perdon de las ofensas.

No está vedado para tí, pueblo español, este goce. Corre hoy conmigo á postrarte ante aquellos piés que besó y perfumó Magdalena, y que hoy evangelizan la paz y la misericordia, más hermosos que nunca. Besa esos piés; pero advierte que la cruz en que están clavados es el martillo que demolió para siempre el muro de division que separaba al hombre del hombre; es la máquina con que se desplomó y vino á tierra la torre babélica de los partidos; y que, cuando los hay encarnizados y alevosos, es porque se olvida la Cruz, y al que, olvidando y perdonando, tendió los brazos en ella para abrazar á todos sus hijos. ¡Quién os pudiera traer, Jesus mio, hoy á toda España! Si alguno rehusa venir, perdonadle, Señor, que no sabe lo que hace.

SEGUNDA PALABRA.

Hodie mecum eris in paradyso.
(Luc. xxiii. 43).

Cuán vanos, ineficaces y menguados son contra Dios los designios del hombre! ¿Veis allí, Señora, quién pende en una Cruz á uno y otro lado de Cristo? Dos públicos asesinos, con cuya muerte ha querido Jerusalen infamar la del inocente, condenándole á morir como rey de ladrones: *Morte turpissima condemnemus eum.*

¿Sospecharíais, Señora, si ya no lo estuviéseis viendo, que al rasgarse los cielos al sonido de los acentos del Dios que muere, y al llover rios de gracia y misericordia, recogiese sus primicias un ladron, y del lecho de muerte brotasen flores de eterna vida? ¿Podríais creer, si no lo viérais, este milagro, más estupendo en sentir de los Padres, que el sol enlutado, que la tierra oscilante, que las piedras hendidas, que los elementos desconcertados, que los muertos ambulantes: más estupendo que cuantas señales de su divinidad dá muriendo el Autor de la vida?.... *Señor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino.—Hoy estarás conmigo en el paraiso.*

Triunfó, Señora, la Divinidad; y, si el primer sello de su alianza fué pura misericordia, abrid conmigo este segundo; no hallareis sino verdad con que justísimamente juzga, ó sea puro ejercicio de la más estricta justicia. Analicémosle brevemente.

¿Qué promete Cristo? Aquello que á Dios mismo hace feliz y bienaventurado; la vision beatífica, parte esencial del paraiso que se le pide, y que no han conseguido aún ni Abraham fiel, ni Isac obediente, ni el paciente Jacob, ni el casto José, ni Moisés el manso, ni David el piadoso. Promete

un distinguido sólio en su reino, y le promete con una promesa la más eficáz, la más suave, la más tierna que se emplease jamás con algun justo de la ley antigua ó de la nueva. *Hoy estarás conmigo en el paraiso...* hoy; antes que el sol se ponga en la tierra, me verás cara á cara en mi reino; hoy, de este turbulento golfo saldrás al puerto, de la batalla irás al triunfo, de la aridéz á la fuente, de las tinieblas á la luz, de la escasez á la abundancia, de la vanidad á la verdad, del tiempo á la felicidad sempiterna. Hoy, no mañana, hoy mismo te llevaré conmigo, troféo de mi misericordia.

De pura misericordia, oigo que se me dice, llevada hasta el extremo que indica Pablo, donde anuncia que encerró Dios ciertas cosas en la cárcel de la incredulidad para hacer como excesos de ese atributo... No, Señora, no: eso quisieran las masas de gente incrédula ó mal viviente. Representadas en los dos que mueren al lado de Cristo, y enclavadas por su culpa en la cruz de una inexorable conciencia, eligen ser compañeras de la Cruz de Cristo á la izquierda; donde no mora el órden, la verdad, la justicia; donde las fijó su error voluntario ó su dureza á la llamada divina, y miran lo que pasa á la diestra como eleccion caprichosa de Dios, á quien atribuyen el fatalismo de su suerte y su perdicion inevitable. No, y mil veces no. El ladron de la derecha conquistó el Cielo á todo rigor de justicia: el ladron de la derecha no hizo nada que no esté llamado á hacer, y que hacer no pueda quien al vivo le representa.

¿Quién, pregunta lleno de asombro S. Leon, quién le enseñó á convertirse viendo en la Cruz á Cristo? ¿Qué doctrina lo ilustró? ¿Qué exhortacion le movió? ¿Qué predicador le encendió? Cesó ya la curacion de los enfermos, la resurreccion de muertos, la multiplicacion de panes. Los prodigios que han de sacudir el Calvario no han tenido lugar aún, y, sin embargo, confiesa en público como Señor, y reconoce como Rey, al que vé compañero en su suplicio. Soldados y ciudadanos, sacerdotes y plebe, romanos y judíos asaetean y mal-

dicen á un hombre solo; uno de sus discípulos le entregó, otro juró que no le conoce, todos menos uno están ocultos; él no es discípulo, no es apóstol, no es amigo; es un ladron, un malhechor público, y hace florecer sobre la cruz la fé, que yace despojada y marchita en corazones de apóstoles.

Señor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino. ¡Oh conversion! ¡Oh fé! ¡Oh portento de fidelidad á la gracia! Atados piés y manos á la cruz le quedan libres la lengua y el corazon. Dirige la lengua á la conversion de su compañero, no logra mudarle, pero le confunde con acentos sencillos, y tan terribles para él como para todos los futuros y enemigos de Cristo. Confiésale con la lengua justo á la faz de un pueblo desapiadado que le cubre de afrentas; corresponde con el corazon á la inspiracion divina; y con lengua y corazon cumple toda la ley, creyendo para su justificacion y confesando para su salvacion eterna. En la cruz es un apóstol, un Pedro, cuando Pedro acaba de apostatar en casa de Caifás. No se le ha manifestado Dios como á Abraham, ni le ha hablado como á Moisés, ni se le ha dejado ver sentado en su trono y adorado de Querubines como á Isaías, ni ha visto la estrella de los Magos, ni la gloria del Tabor: y sin embargo, es, dice Agustin, un mártir que viene á morir por la divinidad de Jesucristo, y á ser en su nombre el primero de los mártires como si por él fuera crucificado... *Señor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino...* *—Hoy estarás conmigo en el Paraiso...*

¿Veis, Señora, lo que encierra ese segundo sello? Verdad con que justísimamente juzga aquel Dios, que ayer brilló en el Tabor, hoy se eclipsa en el Calvario, mañana triunfará en el gran valle de la division, pero que siempre lleva esculpido en su diadema *causam judiciumque recipies.* Al lado de Jesus se salva el que lo quiere y lo merece...

El trono, Señora, es cruz, no lecho de rosas, pero si Dios está en la cruz, la cruz es su trono, desde donde enseña á los que le ocupan que, si la misericordia es su mejor ornamento, la justicia es su primer atributo. El monarca cristiano, que

reina desde la cruz, reprueba al obstinado, le rechaza, le condena, acoge al arrepentido, le acaricia, le llama á parte en su reino: pero no sigue á ciegas los impulsos de un corazon compasivo; medita y penetra las circunstancias de la conversion, compara las obras, índice del corazon, con el encomio entusiasta del trono, de la moralidad, del órden, siempre pronto á repudiar en un haz al obstinado y al hipócrita.

¡Dichoso, Señora, el pueblo; dichoso el indivíduo que no lo sea! Él hará escala para el cielo de sus propios delitos...

Borra tú los tuyos, querida España mia. Vuelve sin hipocresía á tu Dios, y tú, que predicaste á bárbaras naciones la Divinidad de ese justo, pregunta á tus hijos: *¿Quid mali gessit?* ¿Qué ha hecho para que proscriban prácticamente su moral, para que falseen su doctrina, para que desdeñen su civilizacion, para que desoigan y persigan á su Iglesia? Mírate en derredor; y, si te reconoces decaida y bien léjos de lo que eras cuando dabas ley á dos mundos, conjura á tus hijos, por lo que más aman sobre la tierra, á mirar á esa Cruz en cuya diestra está escrito: *Justitia elevat gentes*; en cuya izquierda se lee: *Míseros facit populos peccatum.*

Nosotros miramos á ella, Jesus mio, y si nuestra suerte temporal y eterna depende de la prontitud á vuestra llamada, no imitaremos al nécio que aguarda á un mañana que no es seguro. *Memento mei, Domine, dum veneris in regnum tuum.* Si nuestra indignidad es mayor que la de Dimas arrepentido, oid á vuestra esposa la Iglesia, que funda nuestra esperanza en la amorosa respuesta al primer troféo de vuestra cruz. *Qui latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti.* Oid de nuestro lábio este *memento mei* en vuestro postrer aliento, y en el último nuestro, oigamos de vuestra boca: *Hodie mecum eris in paradyso.*

TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus.... ecce mater tua.
(JOAN. XIX. 26, 27.)

Una mirada al cielo, y ha rogado por sus enemigos; una mirada á su derecha, y ha derramado el bálsamo en un corazon penitente; una mirada hácia la tierra y al amado grupo que está al pié de la Cruz, y.... pero la muerte avanza con paso audáz sobre la mayor de sus víctimas: llega la hora del testamento y la sangre que ha de sellarle vá escaseando en las venas del testador... Y ¿qué dejará Jesus (porque es forzoso hacerlo), si los enemigos hasta la túnica inconsutil han sorteado en su presencia?... Pero, vive Dios, que tiene algo que nadie podria quitarle...

Inclina de nuevo la cabeza, y vé ¡oh Dios, qué vista! ve á su izquierda á Juan, á la derecha á María, que en alas del amor, y cual chispa eléctrica, se abrió paso por entre la turba sacrílega, para que se verifique que donde está el Hijo está la Madre, fiel al Hijo hasta la muerte. La vé que no aparta sus ojos, como Agar, para no ver espirar á su prenda, sino que vá repasando con ellos todas sus llagas. La vé inmóvil y en pié, como sacerdotisa que concurre al sacrificio, entre las espesas tinieblas que envuelven el monte y los terribles sacudimientos con que se anuncia que la naturaleza desfallece. La vé atravesada el alma con tantos dardos, como llagas Él tiene en su cuerpo, y más dolorida que si padeciese en sí misma multiplicadas mil veces aquellas penas. ¡Oh corazon ternísimo de la mejor de las madres! ¡Qué borrasca te aguarda! Aquellos lábios que se desplegaron siempre, como la rosa abre su capullo, para derramar perfumes, ván á destilar gota á gota en cuatro palabras sobre tí puro acíbar: la espada que se te profetizó en el templo está para desgarrarte hasta la division del alma y del espíritu. *Mujer, hé ahí á t*

hijo... ¿Quién habla? Dios. ¿A quién habla? A su Madre. ¿De quién habla? Del hombre. Ó este Dios se propone martirizarla, ó en el corazon de esa Madre acabó el dolor con la sensibilidad, como pierde la cera su forma al rayo del sol de estío..... Ni uno, ni otro, Señora. Dios sabe bien al corazon que se dirige, cuando liga á la mujer de la santidad con vínculo tan estrecho con el hombre pecador. Hay en ese corazon más fé que en el de Abraham para sacrificar al hijo de la promesa; y, si no hubiera tanta, la palabra eficáz y operativa de este Hijo se la infundiria al hacerla Madre del hombre, y con ella todo el amor de Madre. Este es mi cuerpo, decia anoche superándose á sí mismo; y el pan pasaba á ser su cuerpo: este es tu Hijo, dice hoy; y María es nuestra Madre, y el hombre es..... una santa veneracion embarga mi lengua... es hermano de Jesucristo, es hijo de María.

Eleva, oh mortal, tu pensamiento y tu corazon hácia Jesucristo tu hermano. Con este sello de misericordia se legaliza hoy tu derecho á la filiacion de su misma Madre; filiacion no natural, pero tampoco adoptiva, sino propia y verdadera en el órden sobrenatural y divino. Es decir que tus relaciones con María, tu Madre, no son legales ni civiles, sino un verdadero é íntimo parentesco, como se expresa San Cirilo, no ya de la naturaleza, sino sobrenatural y de la gracia.... *Ecce filius tuus*. Testamento de la misericordia, Señora: testamento, dice S. Juan Crisóstomo, con que ha interrumpido Jesus la obra de la redencion, por no dejar sin el debido honor á su Madre; testamento divino, pero no completo; disposicion inescrutable, pero no única, sino correlativa á otra contenida en dulcísima cláusula.

Vuelve Jesus los ojos, el corazon y la palabra hácia San Juan, y *hé ahí*, le dice, *á tu Madre;* hé ahí la rica prenda, la ternísima fórmula de mi amor para contigo, y con la humanidad que aquí representas. Ahí tienes á la tesorera de todas las gracias, á la dispensadora de todas las misericordias, al iris de paz, á la puerta del cielo, á la ciudad

de refugio, á una potencia suplicante.... ¡Oh irresistible fineza! ¡Oh ternísimo pensamiento! Léjos, léjos de mí los que maldicen el culto de esta Madre, y nos acusan de que nos extraviamos en los sentimientos de una piedad exagerada. No son capaces de sentir la dulzura de esta palabra: «María es mi Madre.» Hubiera podido mi Jesus encarnar sin el auxilio de una hija de Eva, y aparecer en el mundo como Adán; quiso tener Madre para dármela, para darme la Madre bendita entre todas las madres, la *Mujer* por excelencia, llamada así por Él en el acto de la redencion, en que aparece como el *Hombre* por excelencia: para darme.... Pero ¿qué es lo que nos dá hoy el Hombre Dios en María?

Mirad, Señora, á esas naciones á quienes la carcoma del orgullo desgaja del robusto tronco de la fé.... Su ruina vá acompañada ó prevenida por la indiferencia hácia esa Madre.... Juan conserva su fé cuando tantos la pierden, porque no se aparta de su lado.... Y tú, España mia, no tienes por qué temer que la parábola del pródigo se convierta en tu verdadera historia, y abandones como él, la casa del gran Padre de familias, mientras tengas á esa Madre. Él no la tenia, (es observacion de un Padre de la Iglesia), por eso faltó el resorte de un corazon maternal para detenerle en su casa; por eso faltó el corazon y el vínculo de la familia. Tú la tienes, España mia; tú eres su patrimonio, hija especial de su llanto, como de la sangre de su Hijo. Reconócelo con humildad, pero confiésalo con gratitud. Hoy más que nunca, cuando á tantos de tus hijos aqueja la mordedura de la serpiente, levanta en tu seno altísimo monumento de amor, de fé, de adhesion á María, al sol de la pureza, al mar de la amargura, á la vencedora de todas las herejías. Los rayos de su frente, los rios de luz que brotan de sus manos, el esplendor de su manto tendido hácia tí, arrebatará la mirada de tus hijos, y á la vista de esa gran señal del cielo sanarán, y sanarán por el amor cuya curacion es radical y perpétua.

Y vos, Señora, si amais á vuestro pueblo, que es vuestra

familia, no descanseis hasta ver en él amada y respetada á su Madre.

Sí, Madre, Madre, Madre nuestra dulcísima... Esta palabra, despreciable al oido del orgullo mundano, la repetirán los españoles en todas sus alegrías, en todas sus angustias, en todas sus necesidades, en cada momento de su existencia. Con ella en los lábios y en el corazon, bendecirán á los que os bendicen y maldecirán á los que os maldigan. Con ella en los lábios y en el corazon vivirán y morirán tranquilos. Con ella en los lábios y en el corazon bendecirán eternamente el momento en que abrieron hoy y supieron descifrar este tercer sello de los caminos de Dios para la predestinacion de los suyos, que es de pura misericordia... *Mater misericordiæ, ora pro nobis.*

CUARTA PALABRA.

¿Deus Deus meus, ut quid dereliquisti me?
(Math. xxvii, 46).

¿Qué es esto, Señora, qué es esto? ¿Qué ha sucedido? Qué novedad tan repentina y extraña desde que oimos la última palabra del Salvador? ¿Es este el monte Calvario? ¿Es de dia ó de noche? Si de dia ¿dónde está el sol? Si de noche ¿dónde están las estrellas? Todo ha cambiado de aspecto. Todo es luto, tristeza, espanto, horror. Hasta el mismo Crucificado, como que parece que es otro del que era antes. ¿Dónde está su augusta serenidad y noble presencia de ánimo? ¿Qué se ha hecho la rara paciencia que descubria en sus tormentos? ¿Dónde ha ido la suavidad y el encanto de sus palabras?.... Su misma postura indica no sé qué de inquietud; sus ademanes, su semblante... ¡Oh Dios! la misma Cruz no guarda tampoco el equilibrio, cruje, rechina, oscila, como si el cuerpo que sostiene estuviese violento. ¿Qué es esto, Señora, qué es esto?.

¡Ah! lo que debia esperarse, lo que no podia menos de suceder... En las tres horas que casi lleva en la Cruz, se han rasgado más y más las heridas, se han encogido los nervios, se han dislocado los huesos, se han consumido las fuerzas, se han enconado las llagas, se ha congelado la sangre: toda su sagrada humanidad se halla reducida á aniquilacion extrema. Pálido el rostro, hundidos los ojos, los lábios cárdenos, seca la boca y lo restante cubierto todo de sangre, de polvo, de amarilléz.

Pero esto no es nada en comparacion de lo que interiormente padece. ¡Qué torrentes! ¡Qué avenidas! ¡Qué olas! No hay pensamiento que no le aflija; no hay recuerdo que no le turbe; no hay imaginacion que no le despedace. Piensa en la Madre, y la vé morir de pena: en los Apóstoles, y los vé descarriados; en sus enemigos, y los vé orgullosos y satisfechos cual nunca. Se acuerda de Júdas, y dá un suspiro; de Pedro, y se enternece: contempla su desnudéz, y se confunde, se avergüenza, se acongoja. Luego, la santidad de su Padre ofendida, y la multitud innumerable de pecados, y la fisosomía formidable de ciertos crímenes, y el fruto escasísimo de su sangre, y los infinitos que se condenan; y como de tropel, cismas, herejías, errores contra su Iglesia, prisiones, crueldades, muertes contra sus siervos, sátiras, burlas, sarcasmos de su doctrina; teorías disolventes de la unidad plantada tan á su costa; desprecio sistemático de toda autoridad divina y humana.

En el alto mar de desolacion tan terrible, cerrada la puerta á todo consuelo, piensa este Hijo pródigo verdaderamente de amor, volverse á su Eterno Padre, de quien sólo puede esperar alivio. Abre como puede sus ojos, levanta algun tanto su cabeza, y haciendo el último esfuerzo, exclama: *Dios mio, Dios mio...* Parece el Cielo de bronce; no siente respuesta alguna.... *Dios mio, Dios mio....* Grita, y no se le oye; llama y no se le abre; busca, y nada encuentra.... *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

Pero ¿qué grito es ese, Señora? ¿Le habeis oido? ¿De qué otra manera podrian gritar muriendo el fratricida Cain, el blasfemo Senacherib, el impío Antíoco y el sacrílego Herodes? ¿Abandonado Jesus de su Padre? Y ¿diremos que no es justo, que no es inocente, diciendo David que jamás vió al justo desamparado? Y luego, ¿no es Jesus aquel gigante que emprendió á saltos su carrera? ¿Puso acaso excepcion para este momento, cuando dijo en un principio que hacía siempre la voluntad de su Padre? ¿No ha tenido presente desde su entrada en el mundo esta hora de nona, hora de sacrificio, en cuyo derredor giraban las horas, lustros y edades que precedieron y fenecerán con el tiempo? ¿No sabe como su Padre los inmutables decretos que le llevaron á inmolarse por nosotros? ¿Cómo? Jesus ama, Jesus quiere la redencion, como la quiere y la ama su Padre mismo ¿y se queja?.... ¿Y grita que está abandonado?....

Triunfó, Señora, la verdad con que justísimamente juzga Dios y nos descubre sus caminos; abrióse el cuarto sello, que no contiene otra cosa. La inmensidad de las penas de Jesus, los motivos que le condujeron á soportarlas, el cumplimiento de los vaticinios. *Ego veni in mundum ut testimonium perhibeam veritati.* Así es, Señora. No reconoció el mundo á Dios en las obras de sabiduría, ahora le reconocerá en las de la Cruz. Y las primeras sereis vosotras, almas justas. La union eterna de sustancia entre el Padre y el Hijo no puede romperse; separacion entre la Humanidad y Divinidad de Jesus no puede darse; pero hay una separacion de proteccion, de amor sensible, de consuelo.... ¡Ah! ¿Me sabeis decir qué es de vuestro corazon cuando decís, y es verdad, que está frio como el mármol? ¿Dónde está vuestro Jesus? Mirad al Calvario. Tres horas de tinieblas. Ni María, ni Juan, ni Magdalena ven á Jesus claramente; pero allí están sus corazones amantes y fieles hasta la muerte á ese Dios abandonado, que lo está para alcanzaros la dicha de imitar su conducta en el abandono sensible... Justo era que os impetrase esos auxilios

quien os destinaba á la más dura y terrible de las pruebas; pero justo era tambien que la conducta de Dios sobre los hombres y las naciones se justificase completamente. *Universæ viæ Domini veritas.*

Fija tu atencion, me dice el Sábio, en las obras del Señor; entiende finalmente cómo y por qué nadie puede corregir ni remediar al que Dios hubiere abandonado. ¿Quién corrigió á los sábios eminentes del Gentilismo, cuando aprisionaron á la verdad en la cárcel de la injusticia, y sacrificaron su conciencia á las pasiones de la muchedumbre? ¿Quién corrigió al pueblo hebreo, cuando igualó su ingratitud con la muchedumbre de los beneficios divinos? ¿Quién corrigió á las naciones redimidas, cuando con intento de ser felices consumaron el divorcio con la depositaria eterna de la verdad? ¿Quién te corregirá á tí, España mia, cuando madure bien la obra de los que invocan á sabiendas el irresistible imperio de la lógica, aunque conozcan insostenibles y ruinosos los principios, ó cuando no puedan ya sujetarse á guarismo los hijos tuyos, que, esclavos del espíritu del siglo, hayan perdido la fé, y mofándose prácticamente de esta hija del Cielo con una vida culpable, persigan y aborrezcan á quien intente sacarlos de su insensatéz y librarlos del abandono divino?....

¡Oh, Jesus mio, Jesus mio abandonado! ¿Por qué no me dais un corazon de Pablo ó de Moisés para desear ser anatema por ellos antes que sean abandonados de Vos? ¿Por qué ya no puedo yo gritar como Vos para deciros: Dios mio, Dios mio, no los abandoneis? Sé que vuestros justos decretos han de cumplirse; pero ¿quién sabe si este grito, apoyado hoy en los méritos de vuestra sangre, mitigará en parte nuestro abandono, y logrará impedir que alguno sea abandonado para siempre?

QUINTA PALABRA.

Sitio. (Joan. xix, 30).

Por quinta vez oye el Calvario una voz moribunda figurada en la de Sanson, que se queja con su Dios de que le abandona á la crueldad de la sed, despues de haber robustecido su brazo contra el pueblo incircunciso.

Pero ¿será posible, Señora, que la sed pueda más que la cruz, los clavos y las heridas, en el corazon del Rey de los héroes y de los mártires?... Yo bien sé que la sed tolerada largo tiempo es tormento de que no tiene idea quien no le sufre: sé que guerreros llenos de heridas y tendidos en el campo olvidaron sus dolores, y gritaron *tengo sed*, abrasados de un fuego devorador; sé que el ánsia de los soldados de Alejandro, cuando encontraron el agua al cabo de varios dias de marcha por el desierto, fué tal, que faltándoles, al beber, el aliento, murieron más en aquel solo dia, que en ninguna de las batallas presentadas por el caudillo; sé tambien que son muchas y vehementes las causas para que Jesus se queje de una sed atrocísima.

Cuando anoche le apresaron, estaba ya fatigado por la prolija oracion, agonía y sudor sangriento. Los viajes acelerados á casa de Anás, á la de Caifás, á la de Pilato, á la de Herodes, y á la de Pilato de nuevo, que juntos forman algunas millas; la falta de descanso y de sueño; la pérdida de sangre en la flagelacion y coronacion de espinas; el viaje al Calvario bajo el peso la cruz; la crucifixion que abrió esas cuatro fuentes que están corriendo vá ya para tres horas... Pero ¿qué voy yo enumerando, Señora? ¡Ah! perdonadme, Jesus mio. Yo no contaba con que es vuestro Corazon el que envia al lábio esta queja. Ese Corazon de Hombre Dios con el que rehusásteis beber el vino aromático, último sostén de ajusticiados; ese Corazon con que anhelais por ver cumplidas todas las profecías, aunque traten de abrevaros con hiel

y vinagre; ese Corazon con el que dais márgen libremente para que las cumplan vuestros enemigos, quienes han de negaros lo que no se negó á los israelitas, ni á Ismael en el desierto; ese Corazon único que ha dejado intacto el infierno, y que vivo y generoso, cual nunca, palpita con nueva fuerza, y manda al lábio ese desahogo. No contaba, Señora, con que esa frase concisa es el gran sello de la divinidad de la víctima, y sello de pura, purísima misericordia.

Mas ¿quién se decidirá á abrirle, sin que le tiemble la mano y el corazon le palpite? Abridle vos, Señora, que nadie tiene más derecho, siendo sello que revela un deseo del Rey que muere por su pueblo. *Sed tengo...* ¡Oh, qué ejemplo para los reyes de nuestro siglo de protesta!... *Sed tengo;* y, aunque arrojado como Jonás en un mar de sufrimientos por un pueblo ingrato, aunque sus golfos y sus olas cayeron sobre mí, me rodearon las aguas hasta el alma, el abismo me cubrió, y el piélago oprimió mi cabeza, todo ha contribuido á avivar mi sed y hacerla insoportable. *Sed tengo* de glorificar á mi Padre, de unir con él á mis hijos y hacerlos felices. *Sed tengo*, y es la misma por la que pedí con tanta instancia á la Samaritana que me diese de beber. *Sed tengo* de sufrir y de que se cumpla el bautismo previsto. *Sed tengo* de ver á mis hijos postrados en rededor de mi cruz. *Sed tengo* de unirme con el alma humilde, y hacerla una cosa conmigo. *Sed tengo*, y es de reclinarme en el pecho del hombre por mi Eucaristía. *Sed tengo* de amor y correspondencia, perfeccion y salvacion de las almas. *Sed tengo*, y sed (¡oh Amor mio sediento, qué consuelo para mi alma en el instante en que un pueblo cruel avinagra vuestras fauces!), sed que sólo el hombre puede mitigar.

Señora, que los hombres todos, desde el que dicta leyes hasta el que maneja la esteva, padezcan de una sed irritante y punzadora, es ley de la humanidad, dirigida á la posesion de la verdad y del bien; y retrocede hácia la naturaleza del bruto el hombre que bajo pomposa frase de pro-

greso social intenta alejarnos de Aquel que dijo en la plaza de Jerusalen: «Si hay quien tenga sed, venga á mí y beba del cáliz que yo beberé; la voluntad de mi Padre.» Y si esta voluntad es el que en la cruz esté la síntesis de la felicidad presente y de la futura, no hay fiera más cruel para la sociedad, que el desalmado que intente aflojar el freno á las pasiones encadenadas al pié de esa misma cruz. *Super peccatores septuplum.* Siete veces más sentirá el aguijon de esa sed quien quebrante ese freno, y acepte la copa con que le brinde su enemigo. El amor engendra deseo: el deseo, cuando llega á ser ardoroso, se llama sed. La sed no se sácia aplicando el lábio á cisternas secas, y que padecen de grandes filtraciones. Esa vá siendo la suerte de nuestra pátria. Cada dia más sed unida con copia mayor de bienes materiales con que saciarla; cada dia más sujeta al desasosiego del hidrópico que bebe agua salada. Triste condicion, Señora, de quien olvidando la propia dignidad ama la semejanza con el bruto, que bebe en el arroyo sin levantár jamás los ojos hácia la fuente que le refrigera.

Se me dirá acaso que la eterna dicha á que se dirige todo progreso y todo goce legítimo no es cosa sujeta á los sentidos, como los bienes caducos que nos fascinan. ¿Y no era la misma condicion de esos bienes para el Real Penitente, cuando repetia como el siervo sediento aquel *sitivit anima mea*, que repitieron despues de él infinitos otros, deseosos de mitigar con un *sitio* el ardor de su Dios moribundo? ¡Ah! desengañémonos, Señora; no consiste la falta de esa sed en que no son sensibles aquellos bienes, sino en que no abstrayendo de los de la tierra su caducidad y su engaño, permitimos que la parte animal, que en nosotros reside, domine nuestros conceptos, sin dejarnos percibir lo que es propio del divino Espíritu.

¡Ah, Jesus mio! Nos acosa la maldicion de no medrar, porque nos derramamos como agua. Necesitamos una leccion que no se aprende en las áulas de este siglo.... A vuestro es-

píritu sediento acudimos, que nos la dará *affluenter*, á manos llenas. No quede, Jesus mio, en España una alma siquiera agitada de la atormentadora sed de contradeciros y contradecir á la propia dicha: abrásense todas de la sed de conoceros, amaros, alabaros, padecer por Vos y por el Cielo, y de apurar aquel cáliz de privaciones amargo al principio, pero en cuyo fondo está el júbilo, el placer, la paz inconmutable y eterna.

SEXTA PALABRA.

Consummatum est. (Joan. xix, 30).

Oyese finalmente la fausta nueva que por espacio de cuatro mil años aguardaba la tierra. Se escuchó aquella palabra que esperaba oir el Eterno para desarmar su brazo á todo rigor de justicia. Llegó la hora de que este Hijo compendiara en una voz la señal de su triunfo, el término de sus fatigas, el principio de su descanso. *Consummatum est.* A esta sentencia dirigieron sus votos los antiguos Patriarcas, sus deseos los santos Profetas, sus clamores y gemidos los justos y amigos de Dios. *Consummatum est.* Por esta sola exclamacion debian tener su debido cumplimiento las profecías, su realidad las sombras, su verdad las figuras, su ejecucion las promesas, su explicacion los misterios. *Consummatum est.* Todo está ya acabado; y antes de cerrar sus ojos nos lo anuncia Jesus, porque su amor no le permite ocultárnoslo. Todo está ya acabado; todo lo que era menester para disipar nuestra ignorancia, para esforzar nuestra flaqueza, para corregir nuestra malicia, para conquistar nuestra libertad, está ya hecho. *Consummatum est.* Pasaron las escarchas y lluvias de tantas penas; serenóse el cielo; se podó la viña de la Sinagoga, cortáronse los sarmientos de la Ley antigua; y ya despunta la risueña primavera. *Consummatum est.* Ya se ha bebido el cáliz amargo hasta las heces; pagáronse ya las deudas; com-

próse por su justo valor el cielo; firmáronse las paces entre Dios y los hombres. *Consummatum est.*

¡Oh palabra de júbilo, palabra de gloria, palabra de triunfo! ¡Oh sello inquebrantable de eterna justicia! ¡Horrorizáos, abismos, espantáos, ángeles de Satanás! En breve llegará el Señor de los ejércitos á vuestros domicilios y quebrantará los cerrojos de hierro, levantará las puertas eternales, arrebatará vuestros despojos, llevando cautiva á la cautividad; porque la santidad divina ha encadenado el mal al pié del Hijo del Hombre, y en vano esperásteis decir: *Este hombre empezó á edificar y no pudo consumar.*

Reflexionad, Señora, con el Padre S. Agustin, que divinamente interpreta esta palabra, cuán en vano esperó el infierno recrearse con ese sarcasmo. Ya le habia oido decir, subiendo con sus discípulos á Jerusalén, que iba á cumplirse cuanto los Profetas habian anunciado del Hijo del Hombre; que ya se hacía el juicio del mundo; que su príncipe iba á ser arrojado fuera; y que cuando Él fuese levantado de la tierra, atraeria á sí todas las cosas. Levantado en alto efectivamente como estandarte real en que vá efigiada la viva imágen del Padre, levantado con toda la maldicion de ese Padre mismo: *factus pro nobis maledictum;* maldicion que le cubre por de fuera como un vestido, y que como agua ha penetrado su alma; cuando no parece suspendido entre el cielo y la tierra sino para que vea de léjos un pueblo innumerable, que en dilatada série de siglos le escarnece y le hace blanco de maldicion y de blasfemia, funda nuestra fé con el argumento de los hechos. *Consummatum est.* Cumplí todos los vaticinios que por cuarenta y más siglos hablaron únicamente de mí. Yo tenia que venir al mundo en cesando el cetro de Judá y terminadas las setenta semanas de Daniel, y vine precisamente en tal tiempo. Debia ser engendrado por una Vírgen, y una Vírgen me engendró. Debia nacer en Belén, de la tríbu de Judá y de la sangre de David, y nací en efecto. Los sábios conducidos á

mi cuna por un astro debian adorarme, y me adoraron. La
madres de Sion debian llorar la pérdida de sus hijos y co
sus lágrimas celebrar mi nacimiento, y los perdieron y ll
raron. El Precursor debia anunciarme Salvador del mundo
y me anunció. Yo debia preparar predicando la abolicion d
la ley de servidumbre y la promulgacion de la de gracia, y
prediqué. Mi predicacion debia iluminar á los ciegos humil
des y cegar á los soberbios con vista, y los unos se movie
ron, y se endurecieron los otros. Debian acompañarla gracia
y prodigios, y la acompañaron. Jerusalén debió reconocerm
por su rey al verme manso sobre un jumento, y me salió á
encuentro con olivas, con palmas, con bendiciones, con him
nos. Debia despues renegar de mí, y renegó. Debia ser en
tregado por uno de mis discípulos, negado por otro, aba
donado de todos, y Júdas me ha vendido, Pedro me ha neg
do, todos huyeron de mi ignominia. Debia sufrir por los ho
bres tristezas, agonías, cordeles, esputos, oprobios, bofet
das, azotes, espinas, cruz; debia ver muriendo mis vestidur
unas divididas y otras jugadas en suerte; debia oirme ech
en cara mi justicia y orígen divino con las palabras de l
Sabiduría, y todo lo he soportado. *Consummatum est. Consum*
matum est. Nunc judicium est mundi.

¡Cuán cierto es, Señora, que el juicio del mundo se ha
por la cruz y segun la cruz! El Alfa y la Omega, el princip
y el fin se esculpieron en ella, y no es dado al orgullo d
hombre borrar esos signos, siquiera, más duro que las p
ñas del Calvario, desconozca la misericordia de Dios que d
principio al mundo moral, y la justicia que ha de señalar s
término, y todo por obra de la cruz, en cuyos brazos se en
cuentran y se besan la paz y la justicia. En ella consum
nuestro Jefe todo lo que está de su parte, y nuestra salvacio
ya no depende sino de la conformidad de nuestros juicios
del suyo con relacion al mundo. Así entendia S. Pablo la reden
cion, y se aplicaba á sí mismo con sus propias obras el fruto

A Vos, Señora, toca ir delante en esta conquista; prec

deis en el puesto; y si el llamaros y ser Reina os relaciona con hijos y súbditos, el ser Reina Católica y llamároslo os relaciona en primera línea con el que juzgó y condenó al mundo, y arrojó á su príncipe por obra de la cruz. Por eso campea ella sobre vuestra corona. Clavadla en vuestro corazon, y vuestro último *consummatum est* significará *opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam:* no fuí Reina por la nobleza de la sangre, por la abundancia de riquezas, por la potencia de las armas; lo fuí porque pasé por el mundo domando mis pasiones, protegiendo el órden, haciendo bien á mis pueblos: y, cuando Dios os pregunte *ergo rex es tu...*, os dará la corona de justicia debida á la fé y á la fidelidad de un monarca.

Pero es corona y soberanía de que participareis, Españoles mios, porque es corona de justicia, y justo es Dios que ha de dárosla.... ¿La alcanzaremos todos los presentes?.... Para todos concluirá el tiempo muy en breve. Todo lo visible presto se consumará como sombra que pasa, como brillo fugáz de relámpago. Solo ceñirá aureola eterna quien proporcione la intensidad de afecto á la duracion infinita que le aguarda, para que se diga de él: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

Redentor mio adorable, si miro á la vida de los más, y en lo que ella se consuma, temo que á pocos esté reservado decir con Vos *consummatum est:* pero, si miro hoy á vuestra sangre, aguardo un milagro de conversion y mudanza, que encomiendo en silencio á la Depositaria de vuestro poder. Es el primero, Madre mia. Mostrad por primera vez que sois Madre.....

SÉTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
(Luc. xxiii, 46).

Todas las señales anuncian ya, Señora, la cercana muerte de nuestro Bien. El color de su semblante vá acabando de inmutarse; un sudor frio empieza á brotar de su frente y á

difundirse por todo su cuerpo; sus facciones demudadas, inmóviles y como espantados sus ojos; yertos los piés; anhelante el pecho; turbado el ánimo; desconcertado el espíritu. ¡Qué agonías! ¡Qué congojas! ¡Qué batallas!.... ¿De esta manera, oh amarga muerte, separas tambien del cuerpo hasta el alma santísima del Redentor? ¡Cuán despótico es un imperio que no perdona al Autor de la vida! ¡Oh fuerza terribilísima del morir! ¡Oh duro golpe! ¡Oh trance fatal, que haces estremecer y temblar á un Hombre-Dios! En momento tan crítico, viendo el Salvador llegada finalmente la hora de pasar de este mundo á su Padre, impone un profundo silencio á la naturaleza toda, y esforzando cual nunca su voz, y acompañándola, como dice S. Pablo, con muchas lágrimas, con la reverencia que siempre le tuvo, para demostrar la verdad con que le dijo que nadie le quita una vida que entrega libremente, *Padre*, exclama, *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* No te encomiendo, oh Padre, ni riquezas ni tesoros; que muero pobre y desnudo, sin tener donde reclinar mi cabeza. No te encomiendo mi honra; que muero afrentado y envilecido como un malhechor. No te encomiendo mi cuerpo, que de este hice ya entrega en el huerto á la saña de mis enemigos, para que le atasen con sogas, le golpeasen con palos, le desgarrasen con azotes, le punzasen con espinas, le cargasen con cruz, le agujereasen con clavos. Te encomiendo solamente, porque es lo único que tengo, mi espíritu, y este le encomiendo en tus manos. *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Pero ¿qué es esto, Señora? ¿Cómo, si es Hijo de Dios, encomienda su espíritu en manos del Padre?.... ¡Ah! Entiendo. Es este el grito fuerte de un moribundo de especie nueva, que se descubre Dios entre los horrores de la muerte, ya que sólo Dios podria gritar así moribundo, pero que se descubre además Redentor de la estirpe perdida. Es, dice S. Atanasio, el grito fuerte del Hombre-Dios, la última plegaria de su amor, el último sello de su misericordia, con que, seguro de

ser oido, pide para el mortal que sea hecho semejante á Dios, que participe de su divinidad, que sea amado del Padre y vivificado en Jesucristo. Es el grito fuerte del que sabe que ha de ser escuchado, porque lleva en sus manos un precio mayor infinitamente que nuestras deudas. Es el grito fuerte de la humanidad, que en el Cristo, su cabeza, acepta la muerte como expiacion de la culpa, clama al Padre, y le encomienda su espíritu.

Irá, sí, mal que le pese á la incredulidad multiforme, parecida siempre á sí misma en contrariar y aborrecer este último camino de Dios; irá el espíritu humano á las manos de ese Dios, de donde salió, como la piedra á su centro, como el fuego á su esfera, como al mar la corriente. Irá á las manos de Dios, porque es inmortal como Él, porque su antorcha no se extingue en la tumba.... Idea espantosa, Señora, para el espíritu degenerado, á quien aqueja el peor de los males, la duda infundada y voluntaria en el fondo, cuyo veneno roedor acibara los momentos de una existencia fugaz. Una reminiscencia católica le recuerda que la Iglesia le rescató de su enemigo implacable en su primer momento, y por el bautismo le entregó en manos de su Dios; otra le dice que esa misma Iglesia le aguarda en el momento postrero para entregarle en las manos de ese Dios, de las que no hay quien pueda arrancarle por envidia si le tiene por amigo, ni libertarle por compasion si es su enemigo....; y los momentos intermedios se eslabonan, y la infidelidad á Dios y á su Iglesia, que se inició con los primeros albores de la razon, crece con los años, y la duda se aclimata en el alma.... y.... ¡desventurado corazon! Como al echarse el viento se agrupan las nubes, se encapota y tiñe de negrura el cielo, y amenaza lluvia deshecha; así cuando calla en tu derredor el bullicio mundano, y las pasiones piden su tregua, sientes la impresion repentina de un torrente, el empuje de una conciencia fiel que te dice: *Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo*. Y el momento llega ya.... Y como no estés ins-

crito en la série de los que arremete la muerte como el ladron, decirte há la Iglesia: *Commendamus te Deo;* y creyendo ponerte en las manos de su Dios, pondrá entre tí y Él barrera insuperable; porque te pondrá, sin pretenderlo, en las manos del tuyo, que no fué otro sino tu amor, hácia el cual gravitarás en muerte como propendiste en la vida: *amor meus pondus meum; illuc feror quocumque feror.* Pero ¿y esa sangre? Vindicada quedará esa sangre por toda la eternidad, y glorificada en los tormentos de quien al oir el grito del Leon de Judá en esta hora de nona, no sacudió la duda, no clamó como la turba deicida y vacilante hiriendo su pecho: *Verdaderamente que este era Hijo de Dios.*

Mas yo temo, Señora, que vuestro espíritu llegue al exceso de congoja á que siento llegado el mio. Vengan ¡ah! vengan las almas fieles á recrearnos y reponernos un poco.... Ellas ¡oh suavísimo consuelo! ellas entregan al morir su espíritu en las manos de su Dios. ¡Qué dulce morir, el morir en esas manos! Y ¿qué hacen para lograr esta dicha? ¡Ah! viven en las manos de su Dios. Y ¿qué quiere decir esto? Vivir en las manos de Dios es poner en manos de Dios sus suertes; es arrojar en su Corazon los cuidados; es no tener más placer que su querer divino. Vivir en las manos de Dios es ser el alma una cosa con Jesucristo; saber sólo á Jesucristo; seguir sólo el espíritu y la bandera de Jesucristo; es no conocer otro amante, no prendarse de otro amor, no seguir otra obediencia; es ejecutar sus preceptos, amar sus trabajos, querer sus afrentas, abrazar su cruz; es, finalmente, un contínuo morir á sí mismo, que es la muerte de los justos en vida, para vivir sólo á Jesus en la muerte, y con Jesus por toda la eternidad.... ¡Oh qué dulce morir el morir en las manos de Dios! ¡Qué dulce vivir el vivir en esas manos!....

No me arrancarán de ellas, Jesus mio, ni la vida, ni la muerte, ni lo alto, ni lo profundo, ni criatura alguna actual ó posible. Triunfó vuestra voz; su eco penetró mi alma; y al entrar en ella salen de tropel mis amores al mundo que me

engañaba, al placer que me afligía, al honor que me rebajaba, á la riqueza que me robaba el sosiego. Vuestro soy ya, Jesus mio; y si volveis á hablar, no será para conquistar mi espíritu, que irrevocablemente entrego en vuestras manos.

Las tres.... Pero ¿cómo creí posible, Señora, que volviese á hablar mi Jesus? Son las tres, y satisfecho el Padre ya hace rato, no le consiente el amor que se retarde un momento más á su Unigénito la corona. Venció, sí, Jesus, é inclinando hácia nosotros la cabeza, víctima del amor más que del dolor, espira.... ¡Murió Jesus! ¡Oh! ¡Quién fuera tan feliz que lograse en este momento un trueque contrario al que se prometió al Profeta, y dejando este corazon de carne que no manda á los ojos una lágrima, recibiese un corazon de piedra, ya que las piedras chocan unas con otras, se resquebrajan, y hacen pedazos! ¡Un corazon como el de la misma turba deicida, que baja del monte contrita, y publicando lo mismo que anuncia con lenguas mil la muda naturaleza!

Y ¿dónde estás tú, filosofía orgullosa? Acude á este espectáculo, único en la série de los tiempos, y si no te bastan otras pruebas, ven al pié de esta cruz en este dia de sacrificio, y vé cómo responden á la voz de Jesus todas las criaturas, y cómo cielo y tierra publican á porfía su gloria; cómo se agitan y conmueven y convierten corazones empedernidos, que con esta muerte hubieran debido abismarse naturalmente en su impiedad obstinada. Mira, filosofía orgullosa, este espectáculo, y dá razon si puedes de tu incredulidad.....

Pero ¿y la daré yo, Señora, de mi ingratitud? ¡Ah! Jesus murió; y ¿habrá quien quiera vivir todavía? Aquel en quien todo y para quien todo vive, murió; y ¿hay quien oyendo esto no muera? Aquel por quien respiran todos murió; ¿quién respirará aún?.... ¡Ah! sí, respira enhorabuena, pecador ingrato y deicida; vive, vive, porque Dios no quiere tu muerte, pero oye el clamoroso estruendo que llena los ámbitos de la tierra, y es la voz de Pablo que te dice: *No eres tuyo, has sido comprado á gran precio.* Ese cadáver sangriento te dice lo que por Isaías dijo Dios á Israel: *Eres mio, eres mio; estabas perdido, y te recobré; cautivo, y te redimí; condenado á muerte, y te dí la vida....*

Pero nadie como Vos, Señora, es cosa propia de ese Dios exánime. Esas espinas formaron vuestro cetro; esos piés ho-

radados la basa de vuestro trono; ese corazon desgarrado os dió la religion. Defendedla, Señora, y defended con ella al Autor de vuestra gerarquía de Reina católica. Defendedla de los incrédulos; defendedla de los libertinos; defendedla de los indiferentes, de los falsos políticos, de los hipócritas; defendedla con el concurso y la sancion de leyes justas; defendedla con el ejemplo.

Hoy entrásteis en los caminos de Dios, que son misericordia y verdad. Sellad con ellos la alianza tácita con vuestro pueblo, con ese pueblo católico que os tocó en suerte. *Perdonad las injurias. Discernid los méritos y acoged el suspiro del arrepentido. Amad á vuestro pueblo y ponedle diariamente bajo el manto de María. Cuando la tierra huya de Vos, representad al cielo vuestro abandono. No os sea insoportable jamás la sed de sacrificio en bien de vuestros hijos. Consumad siempre magnánima lo que generosa emprendiéreis para bien público;* y, como es propio de un corazon de rey, segun el Profeta, *vivid siempre en las manos de Dios* para lograr morir en ellas.

Alternando así, Señora, en vuestros caminos la misericordia y la justicia, hareis del trono barrera insuperable contra todos los enemigos de Dios, porque vuestro trono será esa Cruz, única esperanza nuestra en este dia de luto....

Pero ¿qué digo yo, Vírgen solitaria? ¡Ah! Perdonadme.... Ya sé que Vos estais todavía en el mundo, y que sois el iris de nuestra esperanza. Vuestro Jesus murió, y bien os lo dice vuestro corazon, que es el altar del universo en que el amor divino inmoló su víctima. Pero ese corazon tambien os dice que aguardamos volvais hácia nosotros esa mirada que inútilmente dirigís ya á lo alto. Aquí estamos los hijos deicidas, pero hermanos del Hijo Redentor y herederos de su sangre y de su corazon. Por ella y por él os pedimos que nos mireis: *Respice in nos;* porque á imitacion de Jesus queremos amaros, y reconciliados por vuestra mediacion con Él, queremos poseer en su compañía vuestro amor y vuestras caricias para siempre, segun la promesa de que quien os busca en la mañana de esta corta vida os hallará en el dia feliz que no tiene noche. Así sea.